

I

EL DAIMIO DE KAMA-KOURA

I

## EL DAIMIO DE KAMA-KOURA

**S**i mis amigos de Tokio me viesen así, con la cerviz inclinada y muy humildemente puesto en cuclillas ante el daimio y su noble esposa, me encontrarían poco moderno, *fuera del movimiento*, como, según parece, dicen ahora en París, y se burlarían de mí. Y es muy cierto que debo parecer un samourai de tiempos del feudalismo prosternado ante su señor... Pero también es verdad que nuestro feudalismo imperaba aún hace apenas veinticinco años, y que moralmente, y en esta atrasadísima corte, sigo siendo vasallo de mi príncipe. Desgraciadamente, Kama-Koura no es Tokio.

Todas estas reflexiones acudieron á la alegre

imaginación del joven estudiante Yamato mientras en cuclillas y con las manos apoyadas en los muslos y la barba pegada al pecho, escuchaba con profundo respeto las palabras que lenta y solemnemente pronunciaba el viejo daimio de Kama-Koura.

El príncipe estaba sentado sobre la blanca estera que cubría el suelo, y á su lado se alzaba hermoso biombo en el que, sobre fondo de oro, resaltaban lindas peonías; y muy cerca y de pie, la princesa su mujer se abanicaba con agitación.

— Esta misma mañana, — decía el daimio, — la madre de mi hijo se ha presentado ante mí y me ha hablado del siguiente modo: « Monseñor, ¿habéis observado lo pálido que está nuestro querido San-Dai? ¿Habéis notado cuánto se hundan sus ojos, la lasitud con que se arrastra al andar, y el pliegue de gravedad que crispa su linda boca que únicamente debería reír? » Entonces yo he contestado: « Sí, princesa: desde hace tiempo vengo observando todo eso, y creyendo que nuestro único hijo se consagra con demasiado exclusivismo al estudio, creo que para él ha sonado la hora de las locuras y de las disipaciones, como llega para todos los jóvenes de su edad. Así se lo he hecho comprender

varias veces autorizándole para que se divirtiese según su antojo, pero siempre me ha contestado con las mismas palabras: « La vida es corta y la ciencia infinita; ¿para qué perder tiempo tan breve en frívolos placeres? » Yo he insistido siempre todo lo posible sin llegar á comprometer mi dignidad de padre, pero San-Dai no ha querido comprender y se ha consagrado al trabajo con más encarnizamiento que nunca. Entonces mi noble esposa y yo mismo hemos pensado que nadie mejor que tú, su compañero de estudios, que nadie mejor que tú, que eres tan alegre como él es triste y que eres el único que algunas veces logras hacerle reír, podías conseguir arrancarle á ese estado de melancolía que el médico considera peligroso, y distraerle casi á pesar suyo. Veamos, ¿qué imaginas para obligar á mi hijo á que se divierta? »

— Monseñor, — respondió Yamato alzando la cabeza, — si Vuestra Alteza lo permite, llevaré al príncipe San-Dai á Tokio y le serviré de guía en el Yosi-Wara.

Oyendo estas palabras la orgullosa y pálida princesa irguió la cabeza y empezó á abanicarse precipitadamente; pero el viejo gran señor sonreía y guiñaba los ojos con malicia.

— ¡El Yosi-Wara! ¡El campo de las cañas!  
— exclamó. — Allí fui siendo joven, y en verdad que se me antojó lugar tan regocijado como magnífico.

Y dejando á un lado su pipa de oro, el príncipe retorció entre sus dedos el pincel de pelos que tenía en la barba y se relamió con visible deleite.

Estas manifestaciones indicaron claramente á Yamato que su señor iba á favorecerles con un discurso, y, para escucharle con todo el respeto y la consideración que le debía, se sentó sobre los talones instalándose todo lo cómodamente que pudo.

La princesa cerró su abanico, y abrió la boca para decir algo, pero el daimio, levantando el dedo, refrenó aquella naciente infracción á la etiqueta. La esposa, mordiéndose los labios, se calló.

— A la voluntad de un grande hombre de Estado, — empezó diciendo el daimio, — de un reformador, demasiado audaz según mi opinión, se debió que con fin político fuesen creadas, pronto hará doscientos años, esas princesas de amor que pueblan el Yosi-Wara. Flores de lujo, de encanto y de belleza que aun se cultivan hoy y que pronto serán los únicos restos del Japón

espléndido de otros tiempos. Desgraciadamente, también desaparecerán como ha desaparecido todo lo demás...

Yamato iba á levantarse creyendo que el discurso había terminado, pero el daimio, que sólo había hecho una pausa para exhalar un suspiro profundo, repuso:

— Ya habréis adivinado que me refiero al famoso usurpador Tokougava Hieyas, al famoso usurpador cuya dinastía dió shogúns al imperio, shogúns que duraron hasta la última revolución. Ya sabéis los extraordinarios esfuerzos que Hieyas hizo para aminorar el poder de los príncipes soberanos en provecho de su poder personal. Y no se puede negar que el fruto maduro de lo que sembró hace doscientos años fué la revolución. Cuando subió al poder, exigió que los príncipes pasasen en Yedo, la nueva capital, varios meses del año, y que los pasasen en compañía de sus esposas cuya belleza y lujo tenía que dar esplendor á la corte, y cuyas preciosas personas podían ser conservadas en rehenes si por acaso surgía alguna mala inteligencia. Pero á pesar de esas órdenes las altivas princesas continuaron en los castillos, y si bien es cierto que los daimios no podían eludir los mandatos de Hieyas, como sólo estaban presentes de

hecho y tenían el corazón y el pensamiento lejos, su estancia en la capital era relativamente corta.

Yamato, viendo que había discurso para rato, se sentó en el suelo mientras la princesa, llevándose el abanico á la boca, bostezaba á más y mejor.

— PÉRFIDA y genial invención fué, — dijo el viejo señor, levantando lentamente los brazos y desplegando el brocado de seda de sus anchas mangas, en las que brillaban círculos de oro, — la invención de esas princesas escogidas entre las más raras bellezas, educadas con todos los refinamientos aristocráticos, instruidas en todos los ritos de la etiqueta, y profundamente conocedoras de todas las artes. Jóvenes todas, apasionadas, peligrosas, embriagadoras y... accesibles. ¿Se dieron los príncipes exacta cuenta del lazo que se les tendía? En todo caso se dejaron coger y cayeron presos entre las mallas de seda. Desde entonces la estancia en la capital no fué considerada como un penoso deber para ser tenida por agradabilísimo pasatiempo, y en ella se quedaron aún más tiempo del que se les tenía ordenado. Y en un principio, las princesas, desterradas en sus lejanos castillos no se dieron cuenta del peligro que corrían. Verdad es que

en otros tiempos la cortesana había sido un ser excepcional, una rival temida que los poetas habían cantado : pero la época esa se hallaba muy lejos, y las nobles esposas sólo tuvieron desdén para esas vendedoras de sonrisas capaces de distraer unos instantes á sus maridos. Las que comprendieron el peligro acudieron inmediatamente y no perdonaron esfuerzos para defender su amenazada tranquilidad, pero á otras, el desastre de su felicidad y de su fortuna vino á abrirles los ojos demasiado tarde. Indudablemente, el proverbio que reza : « La cortesana es la destructora del castillo », nació en aquellos tiempos.

— Entonces, — dijo la princesa haciendo una mueca de supremo desdén, — todavía se educa con tanto ó más cuidado que á nuestros hijos á mujerzuelas despreciables á las que se conceden honores como á las damas de alta clase, y eso, según mi modo de ver, honra muy poco á los hombres.

— Querida, esas lindas personitas no se distinguen en nada de las verdaderas princesas, en nada, si se exceptúa que son mucho más hermosas, — replicó maliciosamente el daimio. — ¡ Ah ! Qué bien se habla con ellas en ese florido lenguaje de los años de Yngui, cuando reinaba el mikado

Atsou Kimi<sup>1</sup>. El pasado glorioso revive estando á su lado, y todo á su lado parece maravilloso.

La princesa hacía grandes esfuerzos para disimular su cólera, y, Yamato, indiferente en apariencia, la miraba con el rabillo del ojo, y, mordiéndose los labios, contenía una sonrisa.

— Monseñor, hace un momento habéis dicho que la cortesana era la devastadora del castillo. Supongo que no abandonaréis á vuestro hijo en las garras de esa bestia voraz.

— Mi hijo tiene demasiado talento para dejarse devorar, replicó el príncipe. — Si algo me inquieta, es más pronto la idea de que nunca querrá seguir á Yamato á la ciudad del amor. ¿Cómo te las compondrás para decidirle á que te acompañe?

— Monseñor, — contestó Yamato, — nuestro príncipe apenas ha salido dos veces de Kama-Koura. Excepción hecha de sus libros y de su castillo no conoce nada, y fácil me será conseguir que crea cuanto se me antoje.

— ¿Qué te propones hacerle creer?

— Pues le diré que un príncipe muy sabio acaba de descubrir un manuscrito inédito de cualquier gran filósofo chino, y que vamos á

<sup>1</sup> Siglo IX.

suplicarle que nos deje ver el precioso documento...

— ¡Ah! ¡Ah! ¡Un gran filósofo chino! — exclamó el daimio perdiendo la principesca gravedad y soltando el trapo á reír. — Ciertamente es que corriendo tras ese filósofo le harías ir hasta el fin del mundo, mientras que ni siquiera volvería la cabeza para ver á la más hermosa de las flores vivas.

— Y, ¿qué haréis si vuelve la espalda al sabio príncipe convertido de pronto en cortesana? — preguntó la princesa.

— Una vez allí me encomendaré al dios del amor, Alteza, — replicó Yamato. — El talento de la mujer consiste en saber hacer que se guste de ella, y ese talento equivale á otro cualquiera.

— Bueno. Vé á reunirte con mi intendente, quien te entregará una importante cantidad para que puedas llevar á efecto esa linda empresa.

II

TOKIO MODERNO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO GARCÍA"  
1625 MONTECARMELI, MONTECARMELI, NUEVO LEÓN, MEXICO

II

TOKIO MODERNO

**E**L resultado de esa conferencia secreta fué que el joven príncipe San-Dai y su malicioso compañero, llegaron á Tokio la noche de aquel mismo día, y desembarcaron en la estación de Simbassi.

De pie al borde de la acera, San-Dai contemplaba vagamente la perspectiva de la calle, que ante su vista se extendía con sus filas de reverberos y de postes telegráficos, mientras su compañero daba á los criados que les habían acompañado, las órdenes necesarias para el transporte de los equipajes.

— ¿Crees sinceramente que el príncipe me dejará ver ese precioso fragmento? — pre-

guntó San-Dai cuando Yamato se le hubo reunido. — Si no obtuviese esa recompensa, siempre lamentaría haber emprendido tan cansado viaje.

— ¡Cómo! ¿Estás cansado? — exclamó Yamato. — Apenas hemos viajado tres horas, y, si no me engaño, te ha complacido en extremo la contemplación de los floridos campos y mi charla continuada...

— Es posible, pues cuando no se vigila el espíritu, suele distraerse con excesiva facilidad.... Pero recuerda que para seguirte he interrumpido una lectura que me entusiasmaba.

— ¡Ah! Sí, una obra en sesenta volúmenes, la obra del comentador de los *See Chou*.

— Sólo había leído tres capítulos.

— Paciencia, el libro que quiero hacerte leer es algo más interesante que ese otro de que estamos hablando.

— ¡Lo creo sin esfuerzo! Ahí es nada, ¡un fragmento inédito de Meng-Tze! Pero, ¿por qué te ríes al oírme?

— No me río, hago señas á un hombre caballo para que se acerque con su vehículo.

— ¿No vamos antes al hotel para cambiar de ropa?

— Estamos muy bien así, — contestó Yamato:

— en el sitio á donde vamos, lo que más gusta es la sencillez.

Llegando de provincias, los dos jóvenes estaban vestidos según la usanza japonesa, cosa que ni en Tokio era aún demasiado ridícula.

Varios *djinrichichas* se habían alineado á lo largo de la acera. Yamato hizo montar al príncipe en uno, montó él en otro, y después de haber hablado en voz baja con uno de los corredores, éstos partieron á buen paso.

Salvando los obstáculos que en las calles parecían haberse amontonado de intento, cruzaron la ciudad, llegaron á los barrios tranquilos, y allí, los vehículos se colocaron uno junto á otro, rodaron sin ruido, y los que los ocupaban pudieron cambiar algunas palabras en alta voz.

— ¡Qué lejos es! — dijo el príncipe.

— Pues sólo estamos á mitad del camino, — contestó Yamato.

Y á medida que adelantaban, el camino se hacía más y más solitario. Luego llegaron á unos arrozales que no terminaban nunca, y á su paso las ranas hicieron oír su canto.

— ¡Cruá! ¡cruá! — exclamó Yamato. — ¿Oyes lo que dicen las ranas? Vamos, vamos,... y todas vuelven su verde cabezota hacia el lado del Yosi-Wara.

Y entonces recitó una *outa* popular :

— « Cuando hasta las mismas ramas me lo aconsejan, ¿ qué podría hacer para dejar de ir al Yosi-Wara? »

Pero como los corredores reían, el príncipe no pudo oírle bien.

Y así llegaron hasta el extremo de la avenida Mumamitci, que gira formando un ángulo brusco; y al pasar frente á un pequeño templo, los hombres, á una seña de Yamato, se detuvieron.

Un *torii*, pórtico de madera roja laqueada, le precedía, y cuando se han franqueado sus umbrales se ven, sobre estrechos zócalos y con la cola doblada, dos zorras de piedra, fieles guardianas de Ynari, el dios del amor.

— Nunca se pasa por aquí sin hacer una plegaria, — dijo Yamato saltando de su *djinrichi-cha*.

Pero el príncipe ni siquiera se movió.

— Nada tenemos que pedirle á ese dios, — dijo.

El templo sintoita de Ynari es un pequeño edificio de madera, abierto por un lado, y con una especie de nicho al fondo del que cuelgan largas tiras de papel dorado.

Yamato había llegado ya junto á la fuente de lapizlázuli esculpido que se parecía á pocos

pasos del umbral, y allí se purificaba los dientes con sal. Luego, tomó la escudilla de madera con largo mango, se mojó los labios y los dedos, y cuando hubo terminado arrojó á la fuente una moneda de plata que fué á reunirse á muchas otras que únicamente protegía de los ladrones el agua sagrada.

El *penko*, perfume chino, ardía en el interior y llenaba la capilla de humareda azul, y el joven se arrodilló en la parte de fuera, en los escalones, y batiendo con fuerza las manos una contra otra, dijo en voz alta :

— Ynari, Ynari; concédenos la belleza á fin de que podamos gustar y ser amados.

— Valiente necesidad tenemos de ser hermosos para gustar á un príncipe viejo muy sabio, — dijo San-Dai inclinándose por uno de los lados del carruaje.

— ¿ Acaso no podemos encontrar en su castillo exquisitas princesas y gran número de damas de honor?

— Siempre serás el mismo loco incorregible. Y reanudaron el interrumpido camino.

Al extremo de la avenida y sobre un fondo de dorado polvo, se destacaban ya entre el negro los barrotes y los adornos de la gran verja del Yosi-Wara.

Extraordinario barullo zumbaba á su alrededor; los djinrichichas llegaban impetuosamente en medio de los gritos de los corredores; alegre y ruidosa muchedumbre se agolpaba á la puerta, y allí se estrujaba para ver lo que ocurría al otro lado de la reja, mientras los policías, vestidos de negro y con un número blanco á la espalda y un lienzo anudado alrededor de la cabeza, agitaban las campanillas que llevaban al extremo de unas barras de hierro, siguiendo armonioso y sonoro ritmo.

— ¡Extraño castillo! — exclamó San-Dai. —  
¿Qué significa todo ese ruido y toda esa gente?  
¿Acaso ese barullo puede convenir al recogimiento necesario á un pensador?

Al oírle, Yamato se mordía el interior de sus mejillas para no soltar una carcajada.

— El hombre cuyos trabajos y pensamientos absorben por completo, ni ve ni oye nada. Efectivamente este es un castillo rarísimo que no recuerda en nada la austera y señorial morada de Kama-Koura. Pero, á los espíritus superiores como los nuestros, la reflexión puede explicarlo todo. Ese sabio, tal vez esté rodeado de locos, y, demasiado ocupado con problemas abstractos y elevadas cuestiones filosóficas, ni siquiera piensa en la parte vulgar de la vida y deja que

el ceremonial de su palacio lo dirijan personas de su familia ó sus vasallos. Y éstos, si juzgamos por las apariencias, están dotados de excelente buen humor.

El joven hablaba con volubilidad y hacía muchos gestos con objeto, sin duda, de aturdir á su compañero y para que no viese las gigantescas linternas algo perdidas entre la nube de polvo que tantos pies levantaban, y en las que, escrito con caracteres chinos, se podía leer: « Yosi-Wara Dai-Miozin. »

Y así franquearon la gran puerta llamada *Omón*, y así penetraron en la Ciudad del Amor.